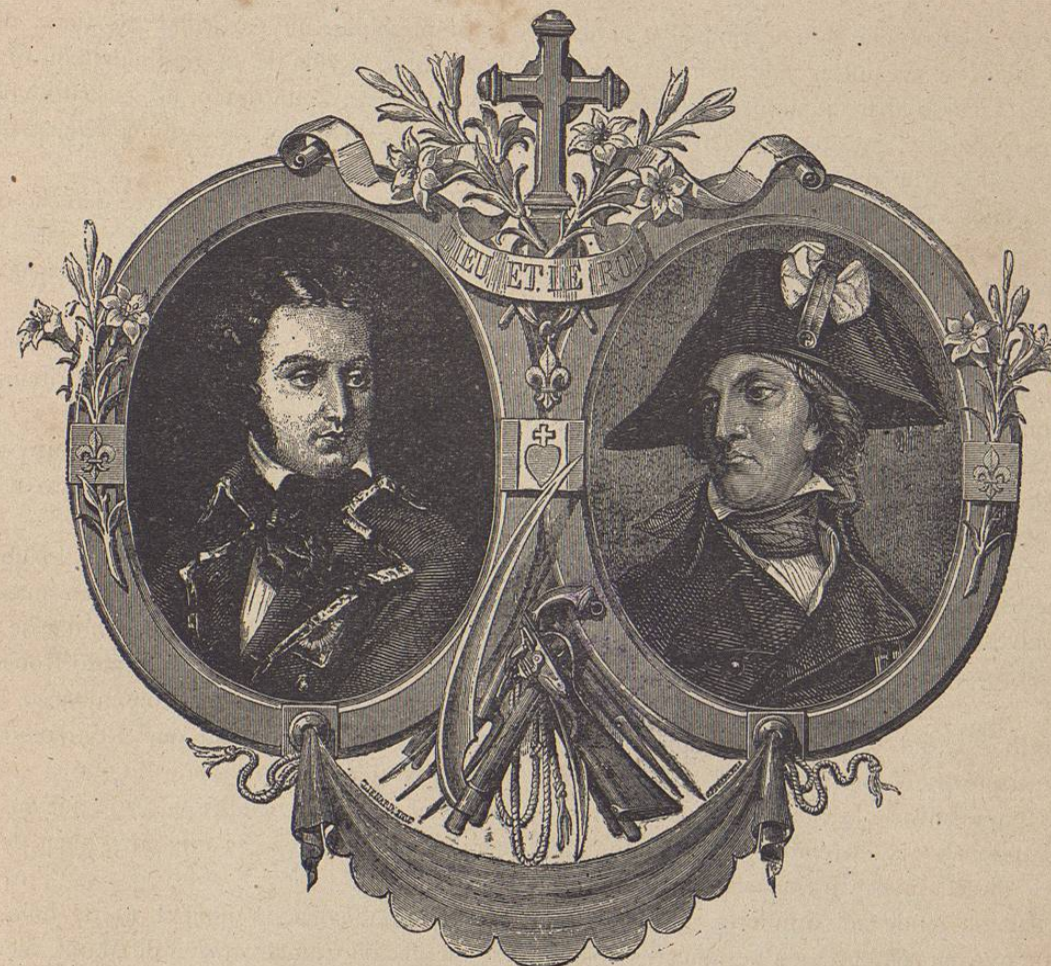


Robespierre, pues, retrocedía en el momento mismo en que tenía sus enemigos en su mano.

Veamos cómo vinieron todos á perderse.

Hemos dicho que fué en Caen en donde los girondinos constituyeron su centro de acción. Sus discursos contra la demagogía parisién y contra Marat, el hombre del 2 de Setiembre y del 2 de Ju-

nio, exaltaban todos los ánimos hasta el punto de apoderarse por completo del de una bellísima joven de la baja nobleza, de una descendiente por línea materna de Corneille, que había aprendido en las obras de su antecesor á amar la libertad y la república á pesar de las preocupaciones de clase de su familia que la llevaron á mandar á sus dos hermanos



CATHÉLINEAU Y STOFFLET

al ejército del príncipe de Condé. Esta joven se llamaba Carlota Corday y tenía á la sazón 25 años.

Carlota, viendo que todo el daño, según resultaba de los discursos de los girondinos, venía de Marat, creyó que quitando á éste de en medio, la paz se restablecía, y la libertad imperaría de nuevo en la capital de la demagogía. Poseída de esta idea huyó de la casa paterna resuelta al sacrificio, pues, ni un momento dudó de su desgraciado fin.

Llegó á París el día 11 de Julio, tres días después de haber leído Saint-Just su dictamen, y á las siete de la tarde del día 13 entraba en casa de Marat á quien había pedido una audiencia para enterarle de lo que pasaba en Caen. Marat le recibió estando en

el baño. Carlota aprovechó el momento en que Marat escribía los nombres de los diputados que ella le decía que estaban en Caen para partírle el corazón de una puñalada. Marat no tuvo tiempo para pedir más que ¡socorro! Cuando éste llegó que fué casi instantáneo había fallecido.

Conducida á la cárcel escribió al otro día dos cartas. Una á Barbaroux para darle cuenta de todo lo que había pasado, firmada «del segundo día de la Preparación de la paz», despidiéndose de él y de sus amigos como una verdadera heroína digna de ser absuelta de su crimen por la historia; y otra á su padre que citaremos por su brevedad, y porque en ella se retrata su alma por entero. Dice así:

«Perdonadme mi querido papá, si he dispuesto de mi existencia sin vuestro permiso. He vengado á muchas víctimas inocentes; y he prevenido muchos otros desastres... Os ruego que me olvidéis ó mejor que os alegréis de mi suerte; la causa es bella; no olvidéis este verso de Corneille:

Le crime fait la honte, et non pas l'échafaud.»

El día 17 compareció ante el tribunal y su abogado de oficio Chaveau-Lagende escribió mucho más tarde: «Cuando apareció ante el auditorio, todos, jueces, jurados y espectadores, parecía como si veían ante ellos á un juez que les llamara ante el tribunal de Dios...» «Se ha podido pintar su imagen, reproducir sus palabras; pero ente alguno ha podido pintar su grande alma, que respiraba, sin embargo, en toda su fisonomía.»

Su grande alma, sin embargo, respira también en sus respuestas ante el tribunal que nos ha conservado la taquigrafía, arte que como hemos dicho acababa entonces de nacer. Citemos de su interrogatorio un pequeño fragmento.

—«Quién os ha inducido á asesinar á Marat?

—Sus crímenes.

—¿Qué esperabáis matándole?

—Devolver la paz á mi país.

—¿Creéis, pues, haber matado á todos los Marats?

—Muerto éste, tal vez los otros tengan miedo.»

Montane que era el presidente del tribunal, hizo esfuerzos para salvarle la vida que tan caballerosamente abandonaba la intrépida joven, y Montane pagó tres días después cara su simpatía, áun después de haberla condenado á muerte.

Carlota oyó su sentencia sin pestañear, y los últimos momentos de su vida los consagró al pintor Hauër que ha conservado su imagen á la posteridad. En aquellos mismos días otro pintor, un gran pintor, un jefe de escuela, un montañés que debía ser el pintor del emperador, David, en fin, conservaba á la humanidad otra imagen como para hacer más hermoso el sacrificio de Carlota. David pintó á Marat asesinado en su baño, cuadro que la Convención exaltada por los peligros que creía correr mandó colocar en su salón de sesiones.

La valiente normanda fué sacrificada al caer la tarde del mismo día 17, en medio de un tiempo borrascoso, como si la naturaleza se desgarrase de dolor al tener que presenciar, como dice una relación contemporánea «al fatal hierro cortando la más hermosa de las cabezas.»

«Carlota, —dice Martín,—ha borrado de las ima-

ginaciones modernas á los antiguos matadores de tiranos, á los Brutos y á los Harmodios. Su memoria ha guardado un esplendor imperecedero. La simpatía inspirada por su persona es natural y universal. La popularidad de su nombre, sin embargo, no es sana; ha extraviado á muchos espíritus ardientes, y ha suscitado más de un acto peor que el suyo.

»En principio, un particular no tiene derecho alguno sobre la vida de un gran culpable. El tiranicidio, la muerte de un tirano, no es lícito más que en un caso directo y de legítima defensa ó en un acto de guerra.

»De hecho, el que se abroga ese derecho de vida ó muerte sobre un gran culpable no sabe lo que hace y no puede preveer las consecuencias de su acción.

»Y esto le pasó á Carlota; creyó restablecer la paz en Francia y no hizo más que contribuir á desencadenar el terror.»

Más aún, mató á un hombre que no hizo todo el mal que pudo hacer, para dejar su puesto al infame Hebert.

Marat fué enterrado en el jardín del club de los Cordeliers, y la Convención asistió en masa á su entierro. En los Jacobinos se propuso que se le concedieran los honores del Panteón, pero Robespierre hizo desechar la proposición. Sin embargo, la Convención fué más maratista que Robespierre, áun cuando en pleno terror que es lo que la excusa, y ordenó el 14 de Noviembre de 1793 que sus restos fueran depositados en el Panteón en lugar de los de Mirabeau.

Carlota que creía sin duda el 13 de Julio, al clavar su cuchillo en el corazón de Marat, facilitar el triunfo de los girondinos ¡cuán lejos estaba de creer que en aquel mismo día se había decidido su suerte, y no en París sino en los campos de Vernon!

Habían los girondinos puesto su confianza en el general Wimpfen (Félix de) que se había ilustrado en América y en Gibraltar y de cuyos sentimientos liberales no podían dudar, pues en los *Estados generales*, aunque diputado de la nobleza, abrazó los principios de la revolución, y más tarde defendió intrépidamente á Thionville contra los aliados y los emigrados. Pero Wimpfen no era republicano, era un feillant y nada más. Vencido el 13 de Julio en un combate cerca de Vernon, por su impericia ó por su osadía, declaró lisa y llanamente á los girondinos que su causa estaba perdida si no se invocaba el auxilio de Inglaterra, proposición que los girondinos, siempre republicanos, y republicanos conven-



FUNERALES DE MARAT (De un dibujo de la época)

cidos, rechazaron indignados. Pero el mal estaba ya hecho y tuvieron que sufrir sus consecuencias. El pretendido complot realista denunciado por Saint-Just, tenía ya un punto de apoyo en que apoyarse, y la Normandía antes tan dispuesta para los girondinos, revolvió contra estos. Sus jefes tuvieron que huir de Normandía y buscar en los departamentos que aún sostenían su causa, un refugio. Algunos de ellos, sin embargo, lo encontraron en la misma tierra que tan dispuesta se les había mostrado.

Pero no fué la victoria de Vernon la que dió por resultado que la Convención aprobara el 28 de Julio las conclusiones del dictamen de Saint-Just. La guerra extranjera tuvo también su parte.

Los españoles por el Sud amenazaban ya á Perpiñan, y Condé Valenciennes y Maguncia,—24 de Julio,—fueron cayendo una tras otra en manos de la coalición; Valenciennes se rindió el mismo día 28 de Julio al general duque de York, de modo que todo parecía pronosticar una más formidable invasión de Francia que la del año anterior. Luégo veremos porque Coburg como antes Brunswick, no avanzó sobre París. Pero el peligro existía, y cien veces la historia ha demostrado cuan fácilmente pierden los franceses la cabeza ante el peligro por remoto que este sea. En nuestros días hemos visto poner la república en peligro por un insignificante contratiempo sufrido por las tropas francesas en Tonkin: ¡qué hubiera sucedido si ese contratiempo hubiese ocurrido de nuevo en la frontera alemana! Consecuencia de estos terrores fué el aprobar el dicho decreto, el dictar la pena de muerte contra los acaparadores de granos; el decretar el 1.º de Agosto que la reina sería juzgada por el tribunal revolucionario, que las tumbas de los reyes, admirables obras de arte de los pasados siglos, que por sí solo imponían el respeto, serían destruídas; que las autoridades estaban facultadas todas para detener á todo extranjero sospechoso de los países en que se estaba en guerra, y en fin, que se castigaria con seis meses de prisión, á todos los que se negasen á recibir los asignados á la par, y en caso de reincidencia, á veinte años de presidio. Robespierre además hizo decretar la guerra á sangre y fuego en la Vendée.

Danton que se había vuelto á casar en este interregno de su vida pública y que parecía querer excusar con las debilidades de su corazón su alejamiento de la vida pública, no pudo sufrir el 1.º de Agosto tanta inconsiderada medida, y declaró á la Convención que lo que urgía era constituir un gobierno, que era imposible continuar con él, por lo que proponía que el Comité de salvación pública,

en el que acababa de entrar Robespierre, fuese declarado gobierno provisional y no fueran los ministros más que sus agentes; pero Robespierre hizo aplazar la resolución, porque de adoptarse la proposición, era segura su ruptura con los hebertistas que habían conseguido poner su mano en el ejército, gracias al complaciente ministro de la guerra Bouchotte que había mandado á los improvisados generales de Hebert á la Vendée para que ejecutaran el decreto de la Convención, mientras llenaba las cárceles de generales y jefes que no habían podido vencer faltos de recursos, como Custine, que no pudo salvar á Maguncia, y menos á Valenciennes, á donde llegó demasiado tarde. Para evitar esta ruptura que Robespierre no quería, pues Hebert representaba la acción, y todo lo que en París había de más osado, continuó Robespierre unido á un hombre que era en todo su contrario, en honradez, en moralidad, en cultura, en ciencia y en patriotismo; así hizo que la Convención declarase que el Comité de salvación pública podía considerarse como á tal gobierno provisional, es decir, le concedió las prerogativas ó facultades de tal, pero no el nombre. Este acuerdo dió por resultado la entrada de Carnot en el comité al objeto de que pudiera como verdadero ministro de la guerra dirigir las operaciones militares,—14 de Agosto,—pero Carnot exigió que con él entrase en el gobierno Prieur de la Côte-d'or que fué su fiel é inteligente auxiliar. Carnot en la guerra significaba el fin de la influencia de Hebert y el principio de una nueva era militar. La república contaba ya con dos hombres que solo habían de querer el poder para su bien. Cambon y Carnot habían de permanecer aferrados á la barquilla del Estado en medio del naufragio general de sus tripulantes. Unidos estos dos hombres arrojan sobre la Convención un rayo de su gloria.

Cambon principia ya el 15 de Agosto para hacer adoptar su proyècto de decreto, creando el gran libro de la deuda pública, que implicaba la unificación de la deuda, ó de las deudas todas del Estado, á las que señalaba un interés de cinco por ciento, pero sólo de un cuatro por ciento efectivo, pues se reservaba un veinte por ciento para un impuesto sobre lo mismo. Cambon con esto no pudo ciertamente prevenir el desastre financiero de la revolución ocasionado por las deudas del antiguo régimen y los gastos de la guerra, pero fundó el crédito del porvenir, y con esto Cambon se ganó el renombre y simpatía universal que aún goza. Carnot hizo decretar el 23 de Agosto, en principio, el levantamiento en masa de la nación al disponer que todos

